

vios visitando un antiguo templo pagano, convertido en iglesia. Ella siente en la nuca el aliento del diablo. Y cuando va a gritar en espasmo, la sensación se desvanece y se "fuga" su poseimiento. 4) El miedo a morir de una muchacha tuberculosa en un sanatorio de montaña, con una fiebre que, al fin, se "fuga" de las venas. 5) Encuentro con la Sirena, ser huidizo, "fugaz", lunar, ondeante. 6) "Tiempo de la Madre", que se muere y se "fuga" de la vida, dejando en paz a los hijos, para quienes era ya poco más de un mueble familiar. 7) Sueños de una trapeicista, que, en sueños, se "fuga" con Mirko, su compañero en la nada abismal del circo, y su marido, junto a ella en el lecho, despertándola a las voces (¡Mirko! ¡Mirko!), adivinando que Mirko y ella se juegan la vida todos los días para que él coma. 9) Encuentro con la Poesía, ella misma, a los siete años, una tarde que sintió que se le "fugaba" el alma a un papel y escribió su primer verso, aterrorizada después, temiendo un castigo... 10) El árbol amargo, un limonero enfermo, en que situó de niña su primer complejo de "amor-amargura". Y un día le sorbió la savia, creyéndole sorber la enfermedad. Y enfermó ella. Y una vez que vino a su casa un oficial, aquel sabor lo confundió con el olor a los guantes del hombre en visita...

★

En el libro había una tarjeta con que la Editorial invitaba al lector a expresar su juicio y a solicitar otras obras del catálogo.

Atravesábamos los prados de álamos y pastos de la Moriana, en Saboya. De sus cimas, donde saltaba la gamuza y en invierno centelleaba como armiño la nieve, había surgido una Casta real, la de Italia. ¡Casta! Poéticamente, Alba no era una descastada. Estaba en la línea de la poetisa americana: una casta literaria especial. Alba me recordaba aquellas monjas, como Sor Juana Inés de la Cruz, la mejicana, aun más que a Santa Teresa, o a Sor María de Ceo, o a Sor María Jesús de Agreda. Me recordaba aquellas monjas americanas de los albores de nuestra Conquista, que en bellas "prigionias" barrocas—de ladrillo y piedra—escribían noemas gongorinos a Cristo y, a veces, presentían, como en el "Primer sueño", de Sor Juana, la revolución de los mestizos, en un siglo de luces, de bastardías, de ciencias, libertad y legislaciones. La revolución que acabaría con nuestro Imperio.

¿Qué tendrá América para hacer escribir tanto a las mujeres?

Ya en Cuba hubo una poetisa que, por 1762, escribiera un poema extraordinario cuando la invasión inglesa. ("Dolorosa y métrica expresión del sitio y entrega de La Habana").

Del período barroco y gongoresco de las monjas americanas—Francisca Josefa de la Concepción, en Colombia; doña Leonor de Ovando, en Santo Domingo; otra Beata de Jesús, en el Ecuador, y una Amarilis, del Perú—se pasó al romanticismo décimonónico y afrancesado (imitaciones a Chateaubriand, Lamartine, Musset) que, como un torrente de lágrimas y ríos, invadió a tantas almas femeninas de allá: María Josefa Mujía y Josefa Acevedo, de Colombia; doña Mercedes Marín, de Chile; la Avellaneda, de Cuba; Flora Tristán, del Perú.

En el 900, otra tercera oleada de mujeres escritoras nos vino de América, envueltas, según un crítico, en una poesía de "Amor y misterio". Muchas veces, con nombre italiano: la Agustini, la Storni, la Luisa Luigi, Margarita Abella Caprile. Otras con nombre portugués, como la Vaz Ferreira. Otras, vasco, como la Ibarburu. Otras—la Mistral, la Ocampo—con sonoridad castellana... Muy envenenadas todas de noailismo, verlainismo, samainismo y otros ismos franceses. Se cuenta que la Ocampo escribía cosas en francés para hacérselas traducir por alguien al español. ¡Oh, América!, ¡oh, América!, justificando así que los franceses dijeran que "la main de l'Espagne avait pesé lourdement sur ses colonies écrasant l'esprit".

Llené la tarjeta editorial con unas líneas, a posta pedantes, para commover al editor y que hiciera seguir mi firma hasta la autora de "Fuga".

En el buzón fronterizo de Modan deposité mi mensaje español hacia aquella Alba que seguía sin despuntar y siendo noche para mí.

V

¿Os fastidioso si sigo narrando mis inequívocas peregrinaciones tras esa quiñotesca hora que "la del Alba sería"? Si insisto es porque vale la pena de que acompañéis mi insistencia. Ya lo veréis. Escuchad:

Tuve a los pocos meses que salir por vía París-Berlín hasta Viena. Recalando después en Italia para despedirme de mi mujer y mis hijas porque había logrado permiso de ir hasta Novgorod con la División Azul.

Escribí a Alba, anunciándole mi paso por Roma. Enseguida recibí una respuesta con leves faltas sintácticas, pero sabrosas de españolidad encantadora:

"Muy estimado señor: acabo de recibir su amable carta, en la cual mucho agradezco sus expresiones de estima hacia mi trabajo. He sentido de no poder verle este verano y espero esto será posible ahora. Hasta la vista, entonces. Y los mejores saludos de: Alba de Céspedes".

La letra era fina, alta, personal. Fina, mórbida, con leves acen-

tuaciones vitales. Rasgos raros y líricos. Mayúsculas orgullosas, impidiendo fríamente la intimidad con el resto minúsculo. Tenía caligrafía de mujer rubia y pálida. Y, sin embargo, yo la creía morena.

VI

Me presenté en su casa una mañana, a las once. Me recibió un criado. Esperé en un salón con libros y piano junto a una chimenea de ardientes leños. Por el balcón se veía un infinito. La vista no tropezaba hasta unas nubes: sobre las cumbres de los latinos montes. Me entretuve atisbando las librerías, viendo tomos de Huley y Proust, que ella citaba en sus libros. Y constatando las ediciones plurilingües del "Nessuno torna indietro". Estaba tan traducido como el "Quijote". Sentí un gran orgullo de que aquella mujer fuera cubana: con casta española. Era una novela que, en fama mundial, superaba todas las mejores de América. La "María", de Jorge Isaacs. El "Facundo", de Sarmiento. El "Zogoibi", de Larreta. "Doña Bárbara", de Rómulo Gallegos. "La vorágine", de Rivera. "Don Segundo Sombra", de Guiraldes. De Alba se podía decir, como se dijo de la Avellaneda: "¡Es mucho hombre esta mujer!"

Al volverme, de pronto, me encontré que estaba a mi lado, sin oírlo: Alba. Estreché su mano casi sin saludo verbal. Y le ofrecí como homenaje o como salvoconducto un libro mío en italiano, al que tuve cuidado de intercalar, entre sus páginas, un manojito de flores para aligerarlo de pesadez.

Ella se dió cuenta enseguida, y sonrió:

—Esto es muy español—. Y me lo dijo en español muy español, con un cierto ché cubano y una habitual inflexión itálica. Deliciosa mezcla: "delicias recopiladas", como hubiese exclamado su paisano Zequeira.

Ella había adivinado a lo que yo venía, y no vaciló en afrontar-me:

—Dígame, ¿qué le parezco? ¿Mejor o peor?...

Alba conocía perfectamente mi problema. No contesté. Me ofreció un "Cinzano" y un pitillo.

Al fin, dije: —No. No me la imaginaba así, tan lejos. Usted es algo muy lejano, más lejano aun que en sus libros. No la coordino casi. Parece usted cubana, italiana, española... Y no es usted como de ninguno de esos mundos.

—¿Soy un fantasma, quizá?

—Probablemente. Pero no me asusta usted, Alba, porque vengo de hacer una experiencia vienesa que me ha de servir mucho para no dejarme arrollar ahora por su misterio y su presencia.

—¿Qué le ha pasado en Viena? Cuénteme.

—Se lo contaré, Alba. Llegué a Viena de noche: que, en ciudades de guerra, es llegar a un túnel o a una pesadilla negra. En el hotel me esperaban, para conducirme a un Palacio, como en los cuentos de Grimm. Cuando abrí los ojos estaba en un palacio, no sé cual: todo iluminado con candelas infinitas, como si fuera Noel. Mesas con manjares, todo luciente y exquisito: prodigioso. En la mesa central, con el Gauleiter cené yo: un Gauleiter de prototipo ario purísimo, con una sortija aun más clara que sus ojos hipnotizantes. A mi lado había una mujer, quizá princesa, quizá no sé quién, con pieles de armiño, joyas, sedas. Extraordinaria. Sonaron estupendas músicas. Voces de la Hitlerjugend. ¿Dónde estaba uno? Yo iba de uniforme. La dama me había dado mucha conversación, y hasta intentaba explicarme cómo era Viena—que yo apenas conocía—y dónde estábamos: todo ello con historias de amor. Yo había bebido bastante champán. Vivía por dentro una vida fantasmagórica, sin fecha, ni lugar, ni sentido. Salimos y seguía la noche: negra, muy negra. La dama tiró sola por una calle—caso extraño—, sin que nadie la acompañara. Me separé del grupo que me guiaba y corrí hasta ella con mi linterna.

—"Señora..., sola y a lo mejor sin conocer la Viena nocturna, con esta oscuridad fatal... ¿Me permite que yo la guíe? Yo que no sé por dónde ando..."

Se rió muchísimo y me dió el brazo. Atravesamos calles, calles, callejas, plazas: una calle, un portón.—"He llegado"—me dijo.—Sacó una llave del bolso. Le quise besar la mano. —"No. Suba conmigo". Subí a su cuarto. Había un diván, libros, lumbre. Abrió otra botella de champán y luego: una puerta. Entró un hombre, de "smocking".

—"Le presento a mi marido".—Después recuerdo que me desperté en mi hotel, no sé cómo, en una Viena clara, soleada, diurna, desconocida. Y que me esperaba un autobús. Y que fuimos al Hofburg. Y luego a Schonbrunn. El guía nos dijo, señalando un retrato, muchos retratos: "Esa es la emperatriz Elisabeta."

—¿Esa?—exclamé yo—. ¡Pero si anoche estuve con ella!

No me hizo caso y siguió diciendo:

—"A la Emperatriz Elisabeta, separada de su marido Francisco José, la asesinó en Ginebra, el 9 de noviembre de 1898, el anarquista Luigi Luccheni, apuñalándola cuando iba desde su hotel, el Beau Rivage, atravesando el muelle del Mont-Blanc, hacia un barquito del lago Léman, cayendo en brazos de la condesa Sztaray, que la acompañaba."

—"Pero nosotros—interrumpí yo, medio aturdido, a un amigo—¿no estuvimos aquí anoche?"

—"Sí. Cenamos en este palacio, en su salón de fiestas."

No comenté nada más. Allí estaba ella en retrato, en presencia, en memoria física: su cuarto, sus muebles, sus poesías, sus